

Milagros Macher

Tarea # 3 Martes 27 de Enero 2026

La Fe se hace vida, la Eucaristía como un compromiso misionero à la Luz de Mateo 25,31-46

La fe cristiana no puede quedarse reducida a prácticas religiosas o expresiones externas de piedad sin una transformación real de la vida. Jesús enseña con claridad que el criterio definitivo para evaluar la autenticidad de la fe no es lo que se dice ni lo que se celebra, sino lo que se hace por los demás. En el pasaje de Mateo 25,31-46, Cristo revela que se identifica con los más pequeños y necesitados, estableciendo una relación directa entre el amor a Dios y el amor al prójimo.

Este texto ilumina profundamente el sentido de la Eucaristía como centro de la vida cristiana. La comunión con Cristo no puede permanecer encerrada en el ámbito litúrgico, sino que debe traducirse en una vida comprometida con los pobres y con la comunidad. De este modo, la fe se convierte en acción, la piedad se integra con la vida cotidiana y la Eucaristía se manifiesta como fuente de misión.

La fe medida por el amor puro y concreto, En Mateo 25,31-46, Jesús presenta la escena del juicio final donde separa a las personas según sus obras de misericordia. El criterio no es la pertenencia religiosa ni la cantidad de oraciones realizadas, sino el amor expresado en acciones concretas: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, acoger al extranjero, vestir al desnudo, visitar al enfermo y al preso.

Este pasaje revela una verdad central del cristianismo: Cristo se identifica con los pobres. “Cada vez que lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron” (Mt 25,40). Servir al necesitado es servir a Cristo mismo. La fe, por tanto, no es una idea abstracta ni una simple confesión verbal, sino una experiencia viva que se manifiesta en el servicio.

La omisión también es presentada como falta grave. Los condenados no son acusados de hacer el mal, sino de no haber hecho el bien. Esto interpela profundamente a la Iglesia y a cada creyente, recordando que la indiferencia frente al sufrimiento humano contradice el Evangelio.

Como la eucaristía impulsa a la misión, porque la Eucaristía es el sacramento de la comunión con Cristo y con los hermanos. En ella, Cristo se ofrece como pan de vida para alimentar espiritualmente a su pueblo. Sin embargo, esta comunión no puede quedarse en el interior del templo. La celebración eucarística exige una respuesta concreta en la vida diaria.

Existe una relación profunda entre la mesa del altar y la mesa del pobre. No es posible adorar a Cristo en la Eucaristía y despreciarlo en quien sufre. La fe celebrada debe convertirse en fe vivida. Como recuerda el Papa Francisco: “Una auténtica fe —que nunca es cómoda ni individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo” (*Evangelii Gaudium*, 183).

Integrar piedad y vida significa comprender que la oración conduce a la acción y que la liturgia se traduce en caridad. Mateo 25 denuncia una religiosidad superficial que

no se compromete con los pobres. La verdadera piedad no se limita al culto, sino que se expresa en la solidaridad concreta.

El Papa Francisco advierte sobre este riesgo cuando afirma: “No podemos seguir tolerando que alguien se quede al margen de la vida sin que nos duela” (*Evangelii Gaudium*, 54).

La Eucaristía construye comunidad. Una comunidad cristiana que se encierra en sí misma pierde su sentido evangélico. La Iglesia existe para evangelizar y servir. La caridad no es un añadido opcional, sino una consecuencia natural de la comunión con Cristo.

“Prefiero una Iglesia accidentada por salir que enferma por encerrarse” (*Evangelii Gaudium*, 49).

Aplicación concreta à la vida y al ministerio

En el trabajo pastoral con jóvenes, este mensaje adquiere una importancia especial. No basta con enseñar doctrina o preparar sacramentos; es necesario formar personas comprometidas con la realidad. Algunas acciones concretas pueden ser: visitas a ancianos, campañas de alimentos, ayuda a migrantes, acompañamiento a personas enfermas o en situación de pobreza.

En la vida personal, Mateo 25 invita a una conversión diaria. Cada creyente debe preguntarse cómo responde al sufrimiento que encuentra. La Eucaristía dominical debe prolongarse durante la semana en gestos de paciencia, servicio y solidaridad.

En conclusión, Mateo 25,31–46 enseña que la fe cristiana se mide por el amor concreto al prójimo. La Eucaristía no es únicamente un acto litúrgico, sino una fuente de caridad y una fuerza misionera. Integrar piedad y vida significa unir altar y calle, oración y compromiso, fe y acción.

Cristo se hace pan para que los creyentes se conviertan en pan para los demás. Solo así la comunidad cristiana será verdaderamente misionera y la fe se manifestará como una experiencia viva y transformadora en el mundo actual.